

GARCÍA DEL CAMPO, Juan Pedro y MONTALBÁN GARCÍA, Manuel

Atlas Histórico de la Filosofía (del mundo griego al inicio de la ilustración)

Tierradenadie Ediciones, diciembre 2008

El *Atlas Histórico de la Filosofía* elaborado recientemente por Juan Pedro García del Campo y Manuel Montalbán García constituye, a mi parecer, una obra de gran interés para todos aquellos que, desde el campo profesional de la Filosofía, o desde cualquier interés teórico o cultural pudieran acercarse al mismo. Llama la atención en esta obra su extensión (700 páginas y el rigor con el que deambulan por sus páginas autores (con exposición de ideas y teorías más importantes) de la Filosofía, las Ciencias, la Política, las Religiones, etc. Y digo "llama la atención" porque, a diferencia de otros *Atlas* al uso, más centrados en el impacto visual o en los grandes nombres, subyace al *Atlas* de nuestros autores un profundo análisis cuya evidencia más palmaria es el hecho de considerar a los "grandes", sí, pero también a los no tan grandes en el reconocimiento del paisaje filosófico. En efecto, si los grandes de la Filosofía tienen altura suficiente como para ser vistos desde cualquier parte, no ha de olvidarse, y en esta especial cartografía no se hace, que así como las cúspides de las más altas cumbres se sustentan sobre cordilleras y dibujan valles entre montañas, así también los grandes de la Filosofía aparecen aquí sobre el trasunto (y entre) de los cientos de personajes y corrientes que los cimientan. En cuanto a lo "técnico" del *Atlas* cabe mencionar también que, si bien no es una obra "comercial" –al uso de quienes quieren saber de filosofía viendo imágenes de los filósofos en papel fotográfico–, goza el diccionario de innumerables cuadros y mapas conceptuales que plasman de un modo visual el retrato y cartografía de las ideas, procesos histórico-sociales e imbricaciones

varias de lo simbólico y lo propiamente material. El *Atlas* deja constancia de su rigor, pero también de su intención claramente materialista, en sus mapas conceptuales, y, desde luego en el texto.

"Materialista" en muchos sentidos, todos ellos productivos. Y esto no debiera ser óbice para aquellos que se asomen al continente filosófico desde otros prismas o "maneras de mirar". En diversos lugares, en diversas de sus obras, considera García del Campo que el materialismo es una manera de ver, una manera de mirar, una mirada que rehúye el "contarse cuentos". Aspecto que se aprecia también en este *Atlas*; pues, como todo atlas, está hecho desde "alguna parte", desde alguna manera de mirar. Característica, de los atlas, que no tiene nada de especial, y menos aún de especialmente perversa: siempre se ve desde alguna parte, de lo que se colige que quien ve desde todas, quien lo pretende, es en el fondo "ciego". Por ser este supuesto, creo yo, ampliamente ejercido a lo largo del *Atlas de Filosofía*, aclaran nuestros autores la situación de entrada. La Filosofía, nos advierten, no ha de entenderse como una tarea cerrada. No ha de considerarse, precisamos nosotros, ni como un lenguaje que habla a los hombres por los secretos senderos del destino humano, ni como un simple idear subjetivo, mentalmente considerado, de unos pensadores que, en el laboratorio de su absoluta soledad, diseñan el sentido del mundo. No hay un sentido de la Filosofía, como si ésta fuera el lugar en el que el Mundo cobra el sentido o como si el mundo fuera sin ella ciego. La Filosofía es una mirada más, acaso necesaria en la

medida en que aspira a la crítica reflexiva, y por ello no reductible a ideología alguna. Más que Ideología estamos en el campo filosófico ante el debate, la lucha de ideologías, de teorías, etc. La Filosofía aparece como un "campo de batalla", más que como cierre del mundo. En diversos pasajes del *Atlas* puede percibirse esto, como habremos de mencionar en algún caso que nos ha parecido notorio. La Filosofía, nos sugieren con claridad nuestros autores, es una peculiar reflexión anclada en las propias relaciones sociales de producción simbólica: de conceptos, de ideas, ideologías incluso, etc.

Producción simbólica cuyas relaciones con la producción material (bien sé que todo es materia, pero de algún modo tengo que clasificar) no son, en ningún caso, planteadas a lo largo de esta obra como relaciones mecánicas, como relaciones de simple reflejo. Más que plantear la Filosofía como reflejo de las relaciones materiales de producción, al modo de los dialécticos del marxismo clásico, se apuesta por insertar las producciones filosóficas en las mismas relaciones de producción. Hay aquí, por decir, un materialismo simbólico que no obvia la importancia que elementos simbólicos como las Ideas tienen para "integrar" (o desintegrar) las relaciones sociales de producción del "mundo". Acaso pudiera decirse que la Filosofía aporta a la historia un *campo variacional* de Ideas con una lógica propia pero no exenta, no desvinculada de las propias relaciones sociales. En este sentido el campo de batalla filosófico es un campo de batalla político, pero a su vez el campo de batalla político tiene

sus homólogos, análogos e inversos en el campo de batalla filosófico. Determinadas posiciones en un campo tienen su afin en otros. Muchos son los ejemplos que pudiera de esto darse, y el *Atlas* que aquí reseñamos, por el énfasis que pone en el análisis de las interacciones entre diversos ámbitos del ser social del hombre, no es parco en ellos. Personalmente me resulta de gran interés cómo los autores analizan la intervención de la Filosofía, en sus corrientes, en la dialéctica rebelión/dominio, y cómo esta intervención en el campo de batalla de la modernidad resulta de algún modo decisivo para la propia constitución (y crítica) de las relaciones de dominación. En sintonía con esto, la irrupción (modificación) de la metacategoría de Razón. Modificación cuyo ámbito de operación son las propias transformaciones sociales que finiquitan el campo de batalla (Razón/Fe) en el Medioevo y la emancipación de la racionalidad respecto al supuesto teológico. Ahora bien, como hilo conductor en la exposición de los autores, los procesos históricos como la conformación del sistema mundo no sólo articulan y son articuladores de las doctrinas del derecho natural y del problema de la fundamentación secular del poder. La codificación simbólica que sirve de "symploké" (articulación o entretejimiento de las Ideas) a los procesos sociales mismos conduce a una concepción de la Razón como normatividad autoproducida. Y, como en todo proceso histórico, no hay en el planteamiento del *Atlas*, un desarrollo lineal, sino múltiples quiebres, múltiples líneas de fuga de las ideas respecto al entramado social que forman.

Pluralismo metodológico y ontológico (que niega el monismo idealista que tiende a ver las Ideas como emanaciones de un metafísico sujeto cognoscente) que se traduce tácticamente en una exposición en la que abundan la pluralidad de interacciones entre política, ciencia, religión, arte y filosofía.

Pluralismo que no obvia también la espesura del mundo y su diversidad no reductible al típico "occidentalismo", casi mejor "europeísmo", inherente a muchos de los atlas históricos de la Filosofía. Así, deambulan personajes de Occidente, cierto, pero también de Oriente, sin por ello obviar el especial modo que asumió la visión filosófica en Grecia y sus herederos. Más allá, o más acá de la cuestión de las interacciones históricas Oriente-Occidente, presentes ya en las influencias orientales sobre los griegos, y, desde luego, en las innovaciones técnicas que, lentamente, fueron llegando a Europa desde los matemáticos árabes que bebían en tradiciones hindúes, hasta los aportes técnicos que desde China posibilitaron el capitalismo occidental mismo –capitalismo contra el que ellos mismos, si seguimos a Weber y Wallerstein, estaban "vacunados"–, lo innegable es que las sistematizaciones simbólico-discursivas generadas en "Oriente" articulan, al igual que la Filosofía en "Occidente", las formas de sociabilidad y convivencia de buena parte del continente asiático. Y por ello la apuesta de integrarlas a lo largo y ancho del *Atlas*. Desde luego un mérito más del mismo.

Reseñar la visión materialista que nuestros autores plasman a lo largo de esta amplia obra, así como dar cuenta de su rigor minucioso es algo que carece de sentido si pretendiéramos que la reseña fuera el *Atlas* mismo; pues entonces estaríamos ante la situación de aquel emperador chino, Borges narra, que queriendo un mapa completo de su imperio exigía el imperio mismo. La esencia de todo mapa es el olvido, eso sí, de lo menos "notorio". El *Atlas* de García del Campo y Montalbán García, desde luego es un buen mapa, no tanto por lo que olvida, sino por la cantidad de "notoriedades" que incorpora. Sería absurdo enumerarlas todas, pero no quisiera dejar de notar e invitar en ello a su lectura, un asunto importante, acaso problemático. Y es que si asumimos

que todo conocimiento parte de un interés –otra cosa es qué interés–, podría pensarse que nuestro *Atlas* tiene sólo interés para aquel que, materialista en el campo de batalla filosófico, tenga cierto desdén respecto a toda forma de explicación del mundo que trascienda los márgenes del mundo. Consideremos así el problema de la "Filosofía medieval". Reconocen nuestros autores que no es asunto zanjado llamar Filosofía a las construcciones cimentadas sobre la Fe. Pero comoquiera que dichas construcciones también articulan y se articulan (producen y se producen) con la historia amplia del Medioevo, han de ser consideradas en sus tensiones, en los campos de batalla medievales. También en esto –insisto, como en muchos más campos que no podemos abordar– logran nuestros autores una exposición y geografía coherente, clara y explicativa, además de "descriptiva". La filosofía medieval es analizada en sus polémicas y éstas puestas en relación con las "exigencias" de las relaciones sociales (de poder y contrapoder) mismas. Por dar un ejemplo de esto, el problema de los universales no aparece retratado como un problema filosófico sin más, un problema que sólo interesa en las facultades de Teología. Antes se trata de un problema que articula la oposición creciente de los poderes terrenales respecto a la Iglesia misma, y el fin de la "unidad de mando" medieval, de la hegemonía eclesiástica en la organización de las relaciones sociales y políticas. Si el realismo de los universales apunta hacia una concepción teológica del mundo cuyo papel protagónico central está en la Iglesia, el nominalismo es afín con una concepción crítica (respecto al teologismo) que relega la Teología al campo de la Fe. El nominalismo no es "expresión" de la incipiente racionalidad burguesa, pero sí afín al nuevo racionalismo inherente al auge de las actividades prácticas (artesanía, comercio, navegación, etc.) que atraviesan y constituyen el tejido que hilvana la vida de

las nacientes y crecientes ciudades de fines del siglo XIII y comienzos del XIV. Ockam y sus "discípulos" constituyen un hito, una de esas cumbres que permiten visualizar procesos sociales de fondo. Se abre con ellos un programa de investigación que da al papa lo que es del papa y deja el bloque ciencia-filosofía del "lado de acá", en el terreno de la inmanencia del mundo. Además de posibilitar una apertura a la dialéctica sin fin del Medioevo entre la razón y la fe,

entre la Iglesia y el Poder "civil". Notoria es la postura de nuestros autores al respecto de este campo de batalla medieval, pues no dejan de "suspirar" estas palabras: "la filosofía, finalmente, ha sobrevivido a las injerencias de la fe" (p. 354).

Si de algo somos libres, al menos los que antes de elegir leer, es de elegir leer o no, aunque en ello nos vaya la ignorancia. Así que libre es todo el mundo "para" ignorar.

No obstante invito a todo el mundo (materialista o no) a transitar las sendas de este *Atlas*, para no perderse en los horizontes mismos del filosofar, para filosofar por el tránsito mismo de la historia, o, para adquirir en dicho camino cierta capacidad de "posicionar" (Ideas), para lo cual está pensada esta cartografía.

Por **Jaime Rodríguez Alba**
(UCM)